

Sordina para el caso Seix y Barral



Carlos Barral

Sorprendentemente, un problema interno de una editorial, Seix y Barral, ha alcanzado los honores de acontecimiento periodístico con su pequeña estela escandalosa. La empresa mantenía, desde hace años, un equilibrio interno de poderes, basado en la igualdad de acciones en manos de la familia Seix y la familia Barral (40 por ciento cada una). El veinte por ciento restante pasó a manos de Antonio Comas, hombre de confianza de los Seix, y el equilibrio dejó de existir. Durante más de quince años, la política cultural desarrollada por Carlos Barral y su equipo ha representado uno de los mayores esfuerzos de activación de la dinámica cultural española en lo que va de siglo. La jugada era arriesgada a todos los niveles, incluso el económico. Pero precisamente en estos momentos, las colecciones Biblioteca Breve, Biblioteca Breve de Bolalillo, Formentor, Nueva Narrativa Hispánica, no planteaban problemas de financiación a las otras industrias operantes en la sociedad Seix y Barral (Artes Gráficas, Publicidad, colecciones comerciales, etc.). Incluso se habla de generoso superávit.

Pese a las notas divulgadas por la prensa, a las negativas del grupo Seix-Comas y a la prudente reserva comunicativa de Carlos Barral, en estos momentos no hay casi nada decidido. Pero falta el casi. La situación de Rosa Regás y Rafael Soriano si ha sido efectiva e incluso la indemnización correspondiente. Ambos eran las cabezas visibles del equipo ejecutivo de Carlos Barral, la primera como jefe de Producción y de Relaciones Públicas, y el segundo, como director comercial. A pesar de la oposición de Carlos Barral, el 60 por ciento de acciones restantes decretó el apartamiento de los mencionados y sentó un precedente del desequilibrio de poder que a partir de ahora puede establecerse en la empresa. ¿Qué papel va a jugar Carlos Barral ante esta evidencia? El interés que el caso ha despertado entre amplios sectores, que rebasan incluso a esa inmensa minoría culturalizada en progresista, demuestra que las acciones y actuaciones de los implicados pertenecen también un poco al público que ha convertido a la Seix y Barral en una institución cargada de significaciones.

Hay conversaciones entre negociadores. Pero no se sabe ni de qué conversan, ni de qué negociación. Según parece, de momento plantean un estatuto de tregua urgente para después llegar a unas conclusiones definitivas. La ambigüedad y el secreto como normas corrientes y molientes en el diálogo entre gobernados y gobernantes han contagiado a todo un país. ¿Intentará Barral volver a la situación anterior? ¿Acometerá la tarea de volver a empezar por su cuenta a partir de su prestigio y de la solidaridad incondicional de los escritores que ha promocionado? ¿Se limitará a dejar bien claro que el 60 por ciento de dominio Seix sólo afecta a las cuestiones de promoción comercial y organización económica de las colecciones?

De momento, los destituidos han sido acompañados voluntariamente por algún miembro de escalafón inferior. Rosa Regás formula declaraciones privadas muy interesantes sobre lo lamentable de la condición humana y Rafael Soriano ya es administrador de Ediciones 62. Pero también Rafael Soriano está dispuesto a hablar sobre lo lamentable de la condición humana.

Carlos Barral ha prometido hablar en su día. Al menos, esperamos unas abiertas declaraciones sobre la condición humana.

■ M. V. M.

LIBROS

Vargas Llosa: Una gran novela política

No dudamos en escribir en seguida que estamos ante una gran novela. La mal planteada polémica, que pretendió enfrentar a novelistas latinoamericanos y españoles, ya ha perdido, con la última obra de Mario Vargas Llosa, el poco sentido que podía restarle. «Conversación en la catedral» manifiesta diferencias tan esenciales con las muestras del género aquí producidas que todo intento de parangón entre una y otras ha de resultar vano. Al decirlo no tratamos de encender rivalidades estériles, sino simplemente subrayar con trazo fuerte las excepcionales calidades de este último exponente de la literatura latinoamericana en lengua española y la necesidad de que la nuestra se escape a las fronteras provincianas que la aprisionan. La venta de los seis mil ejemplares de la primera edición en escasos días

te carrera novelística con pocos pero importantes títulos: «Los jefes», «La ciudad y los perros», «La casa verde» y «Los cachorros» (el segundo y el tercero, reiteradamente premiados). Ahora, «Conversación en la catedral» (Seix-Barral) señala su punto más alto. Es no solamente una gran novela, sino una gran novela política, como, con acierto, la ha presentado el editor.

Una gran novela. El autor vertebró su relato en una conversación entre dos de los protagonistas, un periodista y un antiguo guardaespaldas ligado a la familia del primero por un vínculo inconfesable. En el curso del diálogo van apareciendo personajes y situaciones que Vargas Llosa desarrolla marginalmente sin perjudicar a la unidad de la narración, puesto que, por medio de la relación de unos y otros —y en este punto se manifiesta el excepcional talento del novelista—, se crea un mundo perfectamente trabado, magistralmente organizado en función del proyecto del autor. Esta ordenación tiene como fin presentar, con un realismo que no se arredra ante ninguna dificultad —y surgen muchas en el relato—, una época concreta, fechada y definida con nombres propios en sus límites esenciales, de la historia reciente del Perú. La ambición de Vargas es totalizadora; no queda zona social fuera de su mirada. Pero su acceso a

dramática de la narración tiene su origen en cada una de las figuras que juegan en la acción, en sus inquietudes, frustraciones, vicios, esperanzas, debilidades, ambiciones. Luego, las consecuencias repercuten en todos. Este entrelazamiento aparece tan justamente logrado que, en mi opinión, nunca ha brillado tanto un novelista como organizador de vidas y situaciones en un cuadro real, histórico, comprobable. ¿Cómo lo consigue Vargas? Manejando una técnica arriesgada pero efficacísima, con una soltura de maestro que nadie se atrevería a discutirle. Además del procedimiento central, ya señalado más arriba, utiliza un asombroso y a veces desconcertante juego sintáctico, poniendo la gramática —ortografía incluida— al servicio de las necesidades de la narración. Pocas veces se ha visto un tan admirable acierto como el que surge en la primera parte de la novela, al combinar diversos diálogos para vincular las situaciones a que corresponden. De esta alternancia nunca nacen ni el caos ni la confusión. Juega también Vargas con los distintos tiempos de los sucesos relatados, sin que nunca se escape de su mano la dirección del conjunto.

Una gran novela, sí, pero además una gran novela política. La dictadura de Odría, con su carga de corrupción, de venalidad, de descomposición social, se muestra al lector desde sus raíces hasta su misma cumbre. Uno de los personajes mejor trazados de la novela, don Cayo Bermúdez, ministro de gobierno, encarna, en una síntesis lo gradísima, el «espíritu» de la capa, o de la camarilla, dominante, raíz y resultado a la vez —en una dialéctica común a estos sistemas— del desorden social que se esconde bajo una apariencia tranquila. Todos los que se mueven en el marco delimitado por Vargas, cualquiera que sea su motor —pasiones, sentimientos, ideas—, dan testimonio, por añadidura, al margen de su enlace dramático, de una sociedad irremediadamente corroida en su propia base, sin que aparezca expresa esta voluntad del autor. Los conflictos entre las distintas clases del contexto social peruano se evidencian, insistimos, a través de los conflictos individuales que, en virtud de una técnica novelística magistral, cobran su sentido último con relación a la colectividad, sin intervención de elementos ajenos a los puramente na-



Vargas Llosa

prueba, por otra parte, la cetera orientación de nuestro público.

Mario Vargas Llosa, peruano de 1936 con residencia en Londres, ha realizado, en algo más de diez años, una brillan-

la realidad tiene lugar a través de comportamientos individuales, su materia inmediata está hecha de la conducta cotidiana de los personajes, nunca arquetípicos, nunca simplificados; la sustancia